

LA REGENERACIÓN

REVISTA SEMANAL DE ACCIÓN CATÓLICA

MAURA EN EL PODER

Víctima de sus propios desaciertos, de su inmoralidad, y sobre todo de su impiedad, que le inspiraron proyectos como el de Asociaciones y Reales órdenes como la célebre de Romanones sobre el matrimonio civil, ha muerto por fin el gobierno liberal. Era ya una verdadera necesidad el retirarlo de la gobernación pública del Estado, pues si no lo hubiera hecho, usando de la regia prerrogativa, el poder moderador, lo hubiera tenido que hacer, valiéndose de los medios legales y en último término de la violencia, el católico pueblo español. España no podía consentir por más tiempo esa farsa política de ruindades y vilezas, esa administración pésima, esa tiranía con que, en nombre de la libertad, se privaba á los ciudadanos honrados del libre ejercicio de todos sus derechos, y ese jacobinismo legal con el que se atentaba á los sentimientos religiosos y más hondos y más amados de la sociedad española. Por higiene, por decencia pública se barrió, por fin, todo eso que nos traía hace meses trastornados y en movimiento continuo á los católicos, y subió al poder el ilustre hombre que rige los destinos del partido conservador: el Sr. Maura.

Ante ese cambio de gobierno nuestros lectores desearían saber qué opina LA REGENERACIÓN, y nosotros que estamos por completo desligados de la política de partido y no nos inspiramos sino en lo que reclaman de las circunstancias los altos intereses de la Religión, vamos á expone con lealtad y sinceridad lo que pensamos y lo que á nuestro humilde juicio deben hacer los católicos en los actuales momentos.

En primer lugar, aunque nos alegramos, como todas las personas sensatas, de la caída de los liberales, que eran un peligro continuo, y de la subida de los conservadores, que por lo menos son una garantía de orden; éramos partidarios de que este suceso, á ser posible, se hubiera retardado unos meses más. ¡Cuántos ojos cerrados se hubieran abierto á la luz! ¡Cuántas voluntades enervadas se habrían colocado con decisión al lado de los que luchaban por la defensa del bien! ¡Qué

favor tan inmenso estaban haciendo los liberales en España á la causa católica! Esos radicalismos canalejistas que presenciábamos con escándalo y rabia creciente, esos ultrajes continuos á la Religión, á la libertad de asociación y á la individual, acompañados con música salvaje de tiros y estruendos de bombas, que sembraban la muerte y el espanto, eran muy criminales y muy de lamentar, mas todo eso era necesario en España para hacernos reaccionar á los católicos, para decidir á esa plaga egoísta de cobardes y neutros á luchar en el terreno legal con los buenos y para unir en un solo haz á cuantos andábamos separados y hasta mirándonos de reojo. La Providencia Divina, siempre sabia y en esta ocasión muy amorosa para España, sacó del exceso del mal imponderables beneficios. El hermoso revivir de los católicos, los continuos, soberbios y entusiastas meetings celebrados en todas partes, la solidaridad é identificación de los partidos católicos en el amor incondicional á la Iglesia, la defensa ardiente de las órdenes religiosas, esa nota tan bella de valor y de arrogancia cristiana que han dado las mujeres españolas, esa hoguera de viriles entusiasmos que hizo temer al mismo Romanones—tan naturalmente tímido al decir de Mella—que pudiera convertirse en horroroso incendio, toda esa agitación, en fin, y esa vida saturada de energías tan cristianas, tan españolas, hija muy legítima fué del radicalismo impío y demagógico de los gobiernos liberales. Nos vieron aletargados, nos vieron desunidos y creyeron que era llegada la hora de poder abofetear impunemente á nuestra común y amantísima madre la Iglesia. Buen chasco se han llevado. Ya han podido convencerse de que nuestro sueño no es la muerte ni nuestra desunión tanta que no sepamos posponer los intereses de partido á los sagrados de la Religión. Ante sus desafueros y ultrajes, como afirmaba el gran Mella, la unión católica, antes imposible, nació espontaneamente y fué un hecho. No quiere más ni exige otra cosa la Iglesia: que los partidos católicos existentes y que persiguen ideales muy distintos en el orden político, trabajen uniéndose en defensa de la Religión. Y de ahí nuestro deseo de que se prolongase aún más la dominación liberal, para que fuesen aumentando las energías y consolidándose la unión de los católicos.

Pero Maura está ya en el poder. Ante este cambio de perspectiva política ¿qué exige de nosotros la Religión y cuál ha de ser nuestra conducta? ¿Hacernos conservadores, renegar del carlismo, del integrismo, del regionalismo y de los sanos ideales políticos que cada cual tiene arraigados en el alma? De ninguna manera. Así lo han que-

ruido entender en otras ocasiones los conservadores españoles en la inútil tarea, bien ingrata por cierto, de levantar la unión católica sobre las ruinas del carlismo y no lo lograron. Si se lo volviesen á proponer no harían sino renovar luchas intestinas con daño inmenso para la religión y para la patria. La Iglesia no quiere sinó que seamos ante Maura, como ante Canalejas, sus hijos amantísimos con las diferencias prudenciales que exigen, como es natural, esos dos nombres y los ideales que en esos dos personajes se encarnan.

Maura no es nuestro ideal, pero tampoco es un enemigo sistemático del catolicismo. Tiene, como dijo Mella, mucho talento, gran elocuencia, honradez intachable, carácter viril y recta intención, todas las condiciones para ser un gran ministro de un gran rey. Pero políticamente es—quizás por error de entendimiento, quizás por prudencia ó exigencias del alto puesto que ocupa, que en eso no me meto—un enamorado de la libertad á lo liberal, y eso es causa de que sus mejores deseos resulten ineficaces, y de que, como añadió Mella, cuando quiere alzar el vuelo hacia el bien, las rejas de la cárcel en que está aprisionado su espíritu, no le dejen volar. De Maura, pues, no hemos de esperar nada, pero con él en el poder lo hemos de esperar todo de nosotros mismos, de nuestro trabajo, ardor, constancia y cohesión. Con tal que Maura con sus ideales de libertad respete la de los católicos en las elecciones, y en el terreno de la representación y acción católica, y con sus energías de carácter tutele nuestros derechos, ya tenemos bastante. A nosotros nos toca luchar como lo hacíamos ahora y siempre con nuevo ardor. Nada de dormirse sobre los laureles, nada de dejar las armas del brazo y fiar nuestras victorias y nuestros destinos á la sola acción de la Providencia. La entrada de los conservadores es sólo una tregua, y quizás muy relativa, durante la cual nuestra acción se podrá desarrollar en mejores condiciones; pero ojo avizor y no dormirse, que nuestros enemigos son muchos y muy astutos y muy feroces y, en el día menos pensado, tornarán á dar la batalla y pueden darnos un susto.

Sintetizando: ¿qué debemos hacer? Trabajar mucho, con ardor y en todos los terrenos, en el científico, en el de propaganda, en el de acción social y sobre todo en el meramente político. El catolicismo, decía Mella en Barcelona, sólo pierde allí donde se le deja indefenso; donde los católicos trabajan y luchan, vence y se impone. El día que en España tenga energías y acción y organismos y hombres de empuje y de valer, se impondrá á los partidos liberales, como se ha im-

puesto en Alemania ahora mismo, por medio del Centro, á todos sus enemigos. Pero es necesario luchar. Si no vencemos, si tenemos que lamentar nuevas derrotas, la culpa, por más que aquí siempre se la damos, no será de los gobiernos, la culpa y la responsabilidad será toda nuestra.

La resistencia de los católicos ingleses

Traducimos de *La Croix*, periódico francés, la siguiente carta que de seguro verán con gusto todos nuestros lectores.

Sr. Director:

Los lectores de *La Croix* saben que el proyecto de ley que tiene tendencia al laicismo general de la enseñanza primaria en Inglaterra, presentado por el gobierno y votado por una enorme mayoría (1) de los Comunes (Congreso) ha fracasado en la cámara de los Lores. Las fases de este juego parlamentario les han sido descritas. Pero, sin duda, les agradará conocer el resorte, nada oculto, sino perfectamente manifiesto que ha puesto á los Lores en oposición con los Comunes.

Hablar del papel de los católicos y de sus obispos, no es dejar de reconocer la parte del de los anglicanos; sino que es sencillamente hacer justicia á los que han tenido el mérito de la iniciativa, muchos de los cuales han demostrado la mayor energía de tal manera que, dentro de una gran moderación, la resistencia de los anglicanos fué cuestión de emulación.

Después de haber seguido con grande ansiedad y mucha actividad los trabajos de los Comunes, engañados en las esperanzas que promesas formales habían hecho nacer, el Arzobispo de Westminster y sus quince sufragáneos, en una carta colectiva del 21 de Septiembre último, han advertido públicamente al legislador británico el callejón sin salida en que iba á meterse: antes que enviar sus hijos á las escuelas no católicas, «los católicos se verían obligados á prescindir de esta ley evidentemente injusta, para obedecer á la ley de Dios, que ningún legislador puede rechazar, ni anular («Tablet» 29 Septiembre 1906, p. 483).

En 14 de Octubre siguiente, en el meeting múnstruo de Manches-

(1) En otras eartas recibidas de Inglaterra se asegura que la mayoría del Gobierno, que en las demás cuestiones solía ser de 210 á 220 votos, había bajado en esta votación á 16. N. del T.

ter, que reunía 75.000 católicos de la diócesis, bajo la presidencia de su obispo, Mr. Casartelli, el canónigo Richarson dijo entre entusiastas aplausos de la multitud: «Haremos entender al gobierno de este país que la Iglesia católica conoce algo más que la resistencia pasiva. Haremos una resistencia de un carácter muy activo... En mangas de camisa nos batiremos por la libertad.» («Tablet» 20 Octubre de 1906, p. 633). Y el canónigo Lynch, hablando de las escuelas católicas que tal vez serían transformadas en escuelas protestantes, de los crucifijos que tal vez de ellas serían arrancados: «Estamos aquí, dijo, para declarar que, con el auxilio de Dios de nuestros padres, jamás, jamás les dejaremos hacer esto («ibid.») p. 633).

En 25 de Octubre, en Liberpool, en un meeting de 50.000 personas, el obispo Mgr. Whiteside, afirmó que «el Bill escolar, si llegaba á ser ley, constituiría, por parte del Estado, una declaración de guerra contra los católicos», y que, «como lo había declarado la Jerarquía, después de madura deliberación, sería deber de los católicos, costara lo que costara, aunque fuera á costa de la multa y de la cárcel, hacer que la ley fuese imposible, y obrar de manera que al gobierno le pesara su atentado contra las conciencias.» («Tablet» 3 Noviembre, p. 710). A lo cual un laico, M. Lyunkey, respondió que «antes que ceder, ellos sufrirían la prisión y el cadalso.» («ibid. p. 712»)

En 26 de Octubre, el Arzobispo de Westminster añadía: «que no se contentarían con resistir, sino que creían vencer.» («ibid. p. 714»). En 5 de Noviembre, 6.000 personas reunidas en Prestón, bajo la presidencia del Obispo de Shrewsbury, Mgr. Alban, aclamaba la orden del día presentada por el canónigo Tylan» redactada en los siguientes términos. «Este meeting general de católicos se compromete á resistir por «todos» los medios que pueda al presente Bill de educación.» Seguían dos textos de la Sagrada Escritura: «Gritad con todas vuestras fuerzas, y decid: reunirse!» («Jeremias» 4, 5) y este otro (II Macabeos 7, 5): «Se exhortaban los unos á los otros á morir con valentía.» («Tablet», 10 Noviembre 1906, p. 750.)

En fin, en 17 de Noviembre, delante de 20.000 personas de su ciudad episcopal, el obispo de Leeds, Mgr. Gordon, hacía oír estas palabras: «Se quisiera echar la Iglesia de las escuelas, pero nosotros decimos: no ¡Ellos no la echarán de las escuelas católicas. Y cuando nosotros decimos: no, lo decimos muy de veras. Católicos! sabemos orar, pero también sabemos hacer algo más. Sabemos votar, sabemos sufrir y además sabemos batirnos. Y por defender la Iglesia y á sus

escuelas, estamos decididos á sufrir; pero, lo que es más grave, estamos decididos á batirnos. Id á decir al gobierno, id á decir al país, en lenguaje bastante claro para que nadie sufra engaño, que, violentados en su conciencia los católicos se verán obligados á resistir por «todos» los medios que estén á su alcance, á la iniquidad y á la tiranía que les amenazan.» («Tablet» 24 noviembre, p. 830.)

Y el canónigo Mulcahy hizóse ante el pueblo entusiasmado, eco de su obispo en esta breve y significativa palabra: No nos contentaremos con una resistencia pasiva; haremos una «verdadera» y «viva» resistencia activa.» («Tablet» 1.º de Diciembre, p. 870.)

Y estos buenos católicos ingleses no se contentaban con vociferar y clamar en sus meetings, sino que envían al instante copia de sus órdenes del día á los ministros, á los miembros del parlamento, acompañando alguna nota en caso necesario, para evitar el peligro de no ser bien entendidos. De este modo los católicos de Saint-Helens, después de un meeting, presidido igualmente por su obispo, acompañaban el envío de sus resoluciones con una nota en la que especificaban que: «en adelante, cualquiera que sea la actitud de los católicos de esta ciudad, nadie se podrá quejar de no haber sido avisado. Hacemos esta declaración expresa á fin de que no haya mala inteligencia.» («Saint-Helens News paper and Advertiser» 9 Noviembre 1906.)

Y actualmente se ha conseguido el resultado. Los Lores, debidamente advertidos que la pólvora de los católicos estaba seca, se han dado prisa en retocar el proyecto de ley, de tal suerte, que los Comunes y el gobierno, no reconociendo ya en él su obra sectaria, han preferido hacerla pedazos, antes que verla resolverse contra ellos. Y el Bill escolar, al cabo de tres semanas, yace náufrago, estrellado contra el bloque de la resistencia católica, de una resistencia que no había hecho mas que anunciarse!

De este modo se sabe luchar y vencer en el país de santo Tomás Becket, del mártir muy blando, pero del pontífice valiente que debió oponerse, no solo «al rey y á sus barones reunidos en concilio», sino que también á los obispos, sus sufragáneos, á quienes tuvo que excomulgar, y á sus propios clérigos, quienes, en marcha para el destierro, llevando delante de él la cruz arzobispal, murmuraban en alta voz contra este Primado cuya obstinación conducía la Inglaterra á su ruina. Desterrado, tuvo el suplicio de ver como millares de sus familiares, de sus parientes y de sus amigos, expulsados como él, venían á ostentar lo más doloroso que, siendo campeón de Roma, pudo creerse

un momento abandonado de Roma misma; pero ni desastres, ni retracciones, ni tormentas, ni adulaciones, ni la amistad que le unía al mediador Luis VII, y al perseguidor Enrique II, pudieron inducirle jamás á aceptar la paz sin la libertad, sin la libertad de la Iglesia. A la célebre entrevista que, en la capilla del martirio de S. Dionisio, en Montmartre, le procuró Luis VII con Enrique II, su secretario le dijo: «Señor Arzobispo, la conferencia de hoy para la paz de la Iglesia ha tenido lugar en la capilla del Martirio; y estoy bien persuadido de que solo vuestro martirio dará la paz á la Iglesia».

—«Plugiera á Dios, respondió Tomás, que mi muerte le diese la libertad.»

Los católicos ingleses de hoy y sus valientes pastores se hallan poseídos de los mismos sentimientos. Para ellos, la paz no es el mayor de los bienes, ni la guerra, aún la religiosa, el peor de los males.

Sino que el más grande de los males para la Iglesia, es la servidumbre; y el más grande de los bienes, es la libertad: ellos saben tomarla. Y hé aquí porque no se la quitan.

Reciba V. Sr. Director el testimonio de sus sentimientos muy distinguidos.

MAURICIO DE LA TAILLE

antiguo misionero en la diócesis de Liverpool,
profesor de teología en la Universidad de Angers

La Religión católica y la dignidad humana.

Continuación (1)

Ahora podremos contestar á la pregunta más arriba consignada. ¿Consiste la dignidad natural del hombre en la independenciam que le atribuyen el materialismo y el panteismo, por la abyección el primero y por la deificación el segundo? De ningún modo: tan absurdo es el término á que llegan como el derrotero que siguen. Tan absurdo es que el hombre sea el bruto más perfecto, como que sea Dios. Está constituido sobre los brutos, no sólo porque ocupa un grado más en la escala de los mamíferos, sino principalmente porque su vida racional le distingue de todos ellos, de una manera esencial y completa. Pero no por esto es autónomo ó independiente ó investido de derecho para dejar de reconocer vasallaje á un Ser infinitamente más elevado que él, el Ser Supremo, el Sumo Hacedor y Conservador de las cosas

(1) Véase el número anterior.

y diverso esencialmente de todas ellas, pues el hombre no es este Ser, como quiera que vive poco tiempo y está lleno de miserias, no es capaz de crear un grano de arena, ni puede atajar los pasos á la muerte, ni se ha dado la vida, ni puede comunicarla á ser ninguno por sí sólo. De suerte que el concepto de la dignidad humana no puede resultar del que tienen los materialistas y panteistas acerca de la esencia y libertad del hombre, sino todo lo contrario, pues tales conceptos fundamentales son absurdos y denigrantes á más no poder. En el concepto materialista ó panteista ya sea de la esencia ya de la libertad, el hombre ni es hombre ni libre. Lo primero es evidente por lo que dicho queda, y lo segundo no lo es menos si fijamos la atención en que, según aquellas escuelas, la libertad humana es una inclinación fatal necesaria é irresponsable, como quiera que no se diferencia esencialmente del instinto del racional ó es resultado de la evolución necesaria del Ser divino. El hombre, pues, no es dueño de sus acciones, que siempre son buenas, por otra parte, cualquiera que sea su objeto: queda por lo tanto, autorizado para abandonarse á la corrupción y á todos los vicios. ¿Y podrá consistir la dignidad del hombre en esa independencia que le degrada y envilece, que le coloca en una categoría inferior á la de los brutos por declarar legítimos todos los excesos á que puede abandonarse, que convierte su libertad en la esclavitud de las pasiones más viles, que, en fin, le declara exento de toda ley, de todo freno, como relegándole á las selvas por las fieras habitadas? No: eso no es dignidad sino, vileza; no es cultura ni honradez, sino embrutecimiento: eso no es ennoblecer al ser humano, sino arrojarle á la sima del vilipendio, de la abyección más espantosa. Luego la dignidad natural del hombre sólo puede consistir en su elevación esencial, y á Dios subordinador, sobre todos los seres terrenos, en la qual se halla constituido por su racionalidad y libertad de albedrío, física para todo, pero con derecho tan sólo para el bien, por cuya virtud es señor de sus actos y de ellos responsable. Y este es cabalmente el concepto de la dignidad natural humana que profesan de consuno la verdadera filosofía y la religión católica. Cualquiera que se fije bien, comprenderá que la independencia absoluta en que consiste nuestra dignidad según las escuelas anticatólicas ó *liberales*, no es mas que una bella fórmula que, en resumidas cuentas, nos declara irresponsables por irracionales víctimas de la fatalidad, y que por el contrario, la dependencia del hombre con respeto á Dios y la responsabilidad de sus actos ante la divina justicia junto con el señorío sobre los seres de la tierra, que

constituyen el concepto de la dignidad humana según el Catolicismo, por mas que no suenen también en los oídos del hombre saturado de aire moderno, significan realmente una declaración positiva, una grandeza verdadera, un título de nobleza y realeza del ser humano. En menos palabras, la libertad *liberal* ó panteísta y materialista es la esclavitud del hombre con respecto á sus malas inclinaciones; la dependencia de hijo de Dios que la Religión atribuye á nuestra naturaleza es la verdadera libertad, el señorío del hombre sobre sí mismo y sobre todo cuanto le rodea, en obsequio de Dios, que se lo ha dado. Por consiguiente el único concepto de la verdadera dignidad y nobleza del hombre es el concepto cristiano: cualquier otro nos degrada y envilece.

Pero demos un paso más; no es esta la única nobleza que podemos reconocer en el ser humano. Como hombres, todos estamos en posesión de la dignidad de que hemos hablado hasta aquí; pero á los cristianos, y sobre todo á los que se hallan unidos con Dios por el vínculo de la caridad, les adorna una prerrogativa de tan singular excelencia, que no cabe en los límites de la Naturaleza: es la dignidad sobrenatural de hijos de Dios y coherederos, como hermanos de Cristo por la gracia santificante, que se nos comunica por el Bautismo y demás sacramentos. ¿Quién es aquí el enemigo? Claro está que el materialismo y panteísmo tratan de mentecato al hombre que se reconoce redimido de la muerte eterna por Cristo Dios é incorporado á él como miembro de su cuerpo místico, la Iglesia; pero no son ellos solos: les hace coro el malvado protestantismo, raquíptico y nauseabundo engendro de Lutero y Calvino, la religión que pretende ser cristiana y no es sino la absurda y depresiva libertad de la carne, regalada por Jesucristo á la humanidad según aquellos. Profesa la teoría católica que por los sacramentos el hombre queda limpio de todo pecado y adornado de la gracia habitual, que le da derecho á la amistad íntima de Dios y á la gloria del cielo, que, por consiguiente, adquiere una dignidad inefable é inmensamente superior á la que por su naturaleza le corresponde. En cambio, aquellos heresiarcas declararon que el hombre es un ser destituido de libertad, y tan hundido en la miseria, que no puede levantarse de ella ni por la divina gracia; riéronse de los sacramentos y de sus efectos, y negaron bajo su palabra (que no es la de Dios, según se prueba en Teología) que los pecados no se perdonan, sino que tan sólo dejan de imputarse por la divina justicia. Y aun el protestantismo llega á la avilantez de negar la dignidad natural de los hombres sosteniendo que después del pecado original, no tenían libertad de albedrío

y que no pueden serles atribuídas ni las obras buenas ni las malas. Nada extraño, pues, que la falsa Reforma se haya desarrollado hasta llegar á producir el materialismo y panteísmo.

¿Donde está, pues, la garantía, la salvaguardia de la dignidad del hombre, sino en el Catolicismo? Es el único sistema científico religioso que la profesa y la propaga por todas las clases de la sociedad, por todos los ámbitos del mundo. Todo él respira elevación en sus dogmas, en sus preceptos, en su disciplina; todo él dignifica al ser humano, y le hace dueño de sus actos y capaz de poner á raya sus pasiones. Todo él tiende á un ideal de perfección moral é intelectual; y el hombre que cultiva las ciencias cuidando de ajustar su conducta á las enseñanzas de la iglesia, puede llegar al ápice de la santidad y á la cumbre del saber: la Historia nos pone de manifiesto muchísimos ejemplares, de santos y sabios formados á la sombra del Santuario. Si el hombre es tanto mas digno, cuanto es más perfecto y tanto más perfecto cuanto más se asemeja al tipo de la perfección, al ideal divino, ¿qué otra religión, qué otra filosofía puede elevarle tan alto? Ninguna, como lo acreditan la razón y la experiencia de todos siglos. ¿Qué otra, en efecto, es ó ha sido capaz de depurarle, de hacerle superior á las miserias de la vida y de la naturaleza corrompida, de espiritualizarle en cierto modo? Y así podemos repetir que todo el Catolicismo respira nobleza y dignidad, y añadir que el sólo, porque los demás sistemas filosóficos y teológicos y las teorías políticas no inspiradas en nuestra santa religión, ¿qué derroteros marcan á la humanidad, sino la degradación y el vilipendio, la brutalidad y el salvajismo? ¿Qué han hecho y hacen todas las sectas todos los sistemas científicos y políticos en pugna con la Religión, sino dar rienda suelta á todo lo que degrada y envilece la naturaleza humana, mientras persiguen á la Iglesia ó á lo menos procuran hacer más imposible cada día la vida honrada y cristiana, la vida digna y noble por excelencia? La blasfemia hablada y escrita llena todos los ámbitos de las ciudades y pueblos; la mala educación y el lenguaje de burdel ensucia de continuo nuestras calles; la vida de escándalo propágase de día en día con la multiplicación de garitos, tabernas y cafés cantantes; existen escuelas donde se enseña á odiar á Dios, á la patria, á la familia, á la propiedad, á la autoridad; algunas ciudades populosas están bajo el dominio de sicarios y bandoleros, cuyos jefes ocupan un cargo en lo que se llama representación nacional y no pocas veces han hecho alardes de ateísmo. ¿Y esto es dignidad, y nobleza y decoro, y honradez, y edu-

cación, y vergüenza? Solamente un loco podría contestar afirmativamente. Pues esto es lo que va resultando del materialismo y panteísmo en filosofía, del protestantismo en religión, del liberalismo en política. El cual no sólo permite y autoriza todos los excesos reseñados, sino también facilita la obra de la humana indignidad y vileza con decretos atentatorios á la santidad del matrimonio, con la ojeriza con que trata de continuo á los que aspiran á la perfección cristiana, con disposiciones, en fin, que tienden á esclavizar á la Maestra de la dignidad humana, la santa Iglesia de Dios.

Después de las consideraciones que preceden, bien podemos afirmar con toda razón (y la experiencia lo acredita) que todos cuantos hombres miran de reojo al Catolicismo son indignos de llamarse tales. Laboran, convenientemente los más, por la degradación de nuestra especie, por el embrutecimiento del individuo, por el aturdimiento del espíritu, por las enfermedades y la muerte de cuerpo y alma. Se esfuerzan porque el hijo niegue el respeto á su padre, el discípulo se burle del maestro, el marido y la mujer se lancen al adulterio y al amor libre, el súbdito se rebele contra la autoridad, el poder se erija en tirano. ¿Puede caber duda alguna cuando estamos viendo lo que se dice, lo que se escribe, lo que se hace? ¿De dónde viene tanto mal sino de los que aborrecen las iglesias y conventos y dejan en paz las tabernas y burdeles; toleran, autorizan y declaran la guerra á Dios y á su religión, mientras declaran intangibles las escuelas del anarquismo?

No negaré que fuera del Catolicismo pueda haber hombres dignos y honrados; pero sí diré, y nadie demostrará lo contrario, 1.º que son muy contados y 2.º que no aborrecen á nuestra santa religión, y que si hablaran francamente, confesarían que sólo en la fe católica, en las prácticas é institutos de la Iglesia, se halla todo lo que el hombre en general puede querer de grande, digno, elevado y recomendable. En la Iglesia católica los hombres dignos de serlo son los más: fuera de ella son los menos. En la Iglesia católica existe una vitalidad que dignifica y ennoblece: fuera de ella, lo noble, digno y honrado es excepción rarísima. La Iglesia católica fomenta la virtud y la ciencia: fuera de ella se deja el campo libre á la corrupción y á la ignorancia pedantesca. Si no todos los católicos son dignos de ser hombres, es porque algunos no practican los preceptos de Dios y la Iglesia: si hay algún acatólico morigerado, es porque no es consecuente con la secta á que pertenece. Acabemos ya: profesar el Catolicismo es no solo de necesidad para salvarse, la condición indispensable para ser feliz en este mundo y en

el otro, la única panacea para curar los males de la sociedad humana; es también cuestión de dignidad y decoro verdadero. Quien, pues, no quiera profesarlo, renuncia por mas que no lo crea, á lo que más estima, á su dignidad personal, á la respetabilidad humana.

TEÓDULO



Democracia Cristiana.-X

Con la propaganda catequética y apologética habremos cumplido nuestros deberes más esenciales de sacerdotes, pero no del todo. Si queremos atraernos las voluntades populares tan divorciadas de nosotros, hemos de procurar fomentar la enseñanza racional, sobre todo, entre las clases trabajadoras. Con esa enseñanza, demostraremos nuestra caridad é interes por los pobres, nuestros anhelos de perfección social y la ausencia total de ese egoismo exclusivamente religioso que se nos atribuye. En nuestros días hay en el mundo esas ansias y esa verdadera necesidad de ilustración y de saber, que nadie cuida de proporcionar á los pobres: es por tanto muy conveniente y hasta indispensable, que contribuya á satisfacerlas el sacerdote por todos los medios y á costa de los mayores sacrificios. Abramos, pues, escuelas, levantemos el nivel científico de la clase obrera de nuestra patria, difundamos la luz de la ciencia ya que así nos lo exigen nuestra caridad sacerdotal y el amor al progreso social de nuestra patria.

Digo en primer lugar nuestra caridad sacerdotal. Es una calumnia vilísima el decir que la Iglesia es enemiga de la propagación de la ciencia. La Iglesia, como su Divino fundador, es toda amor y caridad y la primera y la más excelente de las obras de caridad es enseñar al que no sabe, precepto que la Iglesia ha llenado siempre y en todos los pueblos. Leed la historia, seguid á la Réligion en su difusión por el mundo y veréis que la escuela nace á la sombra de la Iglesia, que donde se funda una Iglesia aparece al momento una escuela, que los sacerdotes fueron hasta hace poco los maestros únicos de los pueblos, que los conventos conservaron todo el saber antiguo y lo transmitieron á los pueblos bárbaros de las sociedades medioevales, que la Iglesia y los frailes fundaron las universidades, que en los colegios y universidades se fundaron instituciones para dejar siempre abierta la puerta de la ciencia á los pobres, puerta que les cerró á cal y canto el liberalismo moderno al arrancar la enseñanza de manos de la Iglesia. Para

quien sepa historia es evidente é inconcuso que la Iglesia ha sido la madre solícita de los pobres y que si se ha preocupado por el bien de su cuerpo, se ha interesado mucho mas por el bien de su alma, dándole la limosna del saber científico, que es el pan y la salud de su espíritu. Eso ha hecho la Iglesia, obligada por la caridad, y á eso venimos obligados también todos los verdaderos sacerdotes si pretendemos serlo de veras y acreditar con las obras la caridad que predicamos.

Pero además somos hombres y ciudadanos españoles y en ese concepto nos impone la misma obligación el amar á la humanidad y el amor al progreso, á la prosperidad y regeneración de nuestra atrasada España.

Y á la verdad: el saber y la ciencia no son patrimonio exclusivo de nadie son el bien y el patrimonio comun de la inteligencia humana, que busca la verdad con vivísimos anhelos porque ella es la que le levanta y ennoblece, porque en su posesión tiene su finalidad y su reposo, porque le ilustra, en fin, sobre su origen, su fin y sus relaciones con los demas seres del universo siendo impulsivo de la actividad y director de toda la personalidad humana. El hombre es hombre por la razón, y la razón es una facultad potencial y en embrión sin la luz de la verdad. Privarle de ella es anularle, degradarle, embrutecerle; hacerle participante de sus esplendores, es ennoblecerle y constituirle en la plenitud de su ser. Por eso es que, viniendo á ser la sociedad un conjunto de hombres, tanto más perfecta será y más escelente cuantos más sean los hombres que esten en posesión de la verdad científica y más abarquen los conocimientos que la ciencia va encontrando en su desonvolvimiento á traves de los siglos. Estender, pues, la ilustración, elevar el nivel intelectual de las muchedumbres será siempre una obra eminentemente social, civilizadora y patriótica, digna de cuantos amen el bien de los demás y se interesen por el progreso bien entendido de los pueblos.

Dige una obra eminentemente social y además patriótica. Y así es en realidad. Si quereis levantar á España del abatimiento y postración en que ha caído, contribuid á que adquiera la cultura é instrucción de los pueblos Sajones. No creo ni he creído nunca, porque no es verdad por más que se afirma ser así, que la instrucción por si sola pueda engrandecer á un pueblo, más sí aseguro, con el eminente sociólogo Sr. Sanz y Escartin, que la instrucción es uno de los fundamentos más sólidos de la prosperidad y fuerza de los pueblos.

Tres son, dice él, los elementos constitutivos que forman la

grandeza de una sociedad; á saber: orden moral, salud y robustez física, y riqueza privada y pública, y todo esto contribuye á dar la instrucción y cultura científicas. La ciencia dá orden, paz y estabilidad, porque enseña los deberes sociales que tienen entre sí mutuamente los ciudadanos, como los que tienen respeto de las leyes y de la autoridad, porque hace á los hombres sesudos y los aleja del entusiasmo irreflexivo y los libra de las influencias de los errores y de los agitadores de profesión, que esplotan la ignorancia y malos instintos de las multitudes, porque les da capacidad para hacerse superiores á sus vicios y para gobernar sus pasiones y sus intereses. La ciencia les da salud y robustez á los ciudadanos porque propagando conocimientos y arraigando prácticas higiénicas les enseña á desarrollar y vigorizar sus cuerpos, á desechar la suciedad, causa de enfermedades y epidemias que diezmaban pueblos antiguos, y á crear razas robustas que mantengan un alma pura y sana en un organismo sano, enérgico y vigoroso. La ciencia, por fin, dá riqueza privada y pública y prosperidad material á los pueblos, desarrollando industrias, facilitando el comercio, extendiendo el espíritu de economía y contribuyendo á una mayor producción con la vulgarización de los descubrimientos y progresos de la física y de la química. Y esto no son meras lucubraciones hipotéticas ni apriorísticas, porque lo demuestran los hechos y las estadísticas donde quiera que, merced á los esfuerzos de las asociaciones particulares y de los gobiernos, se ha conseguido elevar el nivel intelectual y moral de las clases populares. En Bélgica, en Inglaterra, Alemania y sobre todo en los Estados Unidos, á igual trabajo, se produce más y mejor, y esto se debe á que allí el obrero, no es una máquina inconsciente que obra por hábitos instintivos, sino un ser racional é ilustrado que trabaja sabiendo lo qué hace y porque lo hace gracias á la gran instrucción que posee. Si la raza anglo-sajona es más vigoroso, domina al mundo y ejerce en él la hegemonía política, industrial y mercantil, más que á sus ejércitos y á sus armadas formidables, es debido como juzgan muchos sociólogos con Paul Burget, á sus escuelas é instituciones científicas que estienden las luces del saber humano hasta las últimas capas sociales.

Ahora bien. Si esto es así, si es la instrucción científica fundamento del engrandecimiento social, medio excelente y eficacísimo del progreso humano, decidme: ¿amamos de veras á España? ¿Deseamos galvanizar á esta nación y hacerla entrar por las vías del progreso y de la civilización que presiente, que necesita, que anhela con vivas ansias

pero que no podrá alcanzar sin los sacrificios generosos y sin la cooperación de todos? Pues fundemos escuelas y difundamos las ciencias, sobre todo entre las masas obreras. Es una injusticia que clama al cielo el dejar vegetar á los pobres en eterna ignorancia. Sí, lo digo y deseo se fije la atención en este último pensamiento. He comenzado diciendo que la verdad no es ni debe ser patrimonio exclusivo de nadie y en España, sobre todo, lo es tan sólo de los ricos. Y esto además de anticristiano y antipatriótico es muy injusto. Hoy que por doquier soplan vientos de libertad, hoy, que cayeron para siempre los privilegios y exclusivismos sociales, fuerza es que desaparezca el más odioso de todos, el exclusivismo científico, ya que todos los hombres, por el mero hecho de serlo, tienen un derecho indiscutible á la adquisición de la verdad. ¿No lo reclaman así la igualdad y la justicia? Pues oigan sus voces los ricos y los sacerdotes; tratemos de desvincular la ciencia; si sus corrientes estancadas, movidas por el oleage de la caridad cristiana y del amor á la patria, se desbordan y van á fecundar las vírgenes campiñas de las masas humildes y trabajadoras, veremos como muy pronto se despierta de su letargo España y como comienza para ella una era de orden, de vigor, de prosperidad y engrandecimiento nacional.

LEÓN H. MAS.

CRÓNICAS

La prensa francesa y la última Encíclica de S. S.-Los modernistas italianos.

Hasta el día 12 del corriente Enero no fué conocida en extenso la última Encíclica de S. S. Pio X á los Obispos, clero y pueblo de Francia. Nuestros lectores habrán ya podido formarse concepto de ella por el extracto que de la misma publicamos; hoy vamos á reproducir el juicio que ella ha merecido de la prensa francesa.

L' Humanité, periódico radical, afirma que las palabras del Pontífice están llenas de grandeza, aunque se encierran en una intransigencia dogmática. *Le Gaulois*, *Le Figaro*, *L' Echo de Paris* y *L' Eclair* escriben en favor de la Encíclica, diciendo en síntesis que el Sumo Pontífice no hace mas que defender á la Iglesia de los ataques inconcebibles de que ha sido objeto. Según *Gil Blas*, la actitud del Vaticano producirá un cambio de conducta en el

Gobierno, asegurando el citado diario que muy pronto será presentado un nuevo proyecto de ley de Asociaciones.

Los diarios de información, como *Le Journal*, *Le Petit parisien* y *Le Petit Journal* reproducen la Encíclica sin hacer comentarios á ella.

Le Matin, periódico abiertamente anticlerical, sin combatirla, limítase á escribir á título de información, que ella encierra gravedad.

Le Soleil escribe que el Papa no se ha opuesto nunca á la separación, y que sólo se defiende contra la persecución, como lo demuestra el hecho de que aceptase la ley de separación en el Brasil, porque en ella se respetaba la Iglesia, reconociendo su jerarquía y sus derechos sociales.

En Inglaterra y Alemania vive la

Iglesia sin que el Vaticano proteste, desmostrando que el Papa no pide privilegios, sino justicia.

Le Soleil persigue su campaña diciendo que el Gobierno se mofa de la libertad, y que su conducta no tiene otro móvil que oprimir las conciencias y hacer imposible la existencia de la Iglesia, cuyos bienes serán el botín de la jornada.

Añade que la libertad no es jacobinismo, siendo esto lo que en Francia impera.

La sorpresa ha sido grande entre los radicales, pues creían que el Santo Padre buscaría fórmulas de arreglo y de concordia para reanudar las relaciones, y se han encontrado, como dicen ellos, con la actitud gallarda del Papa.

En fin, todos convienen en que la Encíclica servirá para avisar la fé de los católicos, y que logrará la unión de todos, sin discrepancia alguna. Así sea para bien de la Iglesia y de Francia.

* * *

El *modernismo religioso* sigue haciendo de las suyas en Italia; pronto deberemos cambiarle el nombre para darle el título de *los perturbadores* en acción.

Italia, en la política interior, atraviesa un periodo bastante crítico.

La huelga, primero, de la guardia municipal, y la agitación que hoy se nota entre los oficiales del ejército y los funcionarios de los tribunales de justicia, no son más que síntomas del malestar general que reina entre las clases todas sociales de Italia.

A agrandar este malestar contribuyen en gran manera los socialistas y el grupo conservador liberal sonniniiano, entre los cuales parece se inicia una combinación política, no hay que decir que es con fines diabólicos.

El *Giornale d' Italia*, periódico conservador liberal, *La Vita*, órgano de la franc-masonería radical, y *Avanti*, que lo es del socialismo revolucionario, se esfuerzan en agigantar la agitación reinante, sin duda para sacar provecho de ella.

Al rededor de Sonnino, despechado por su vergonzosa caída del Ministerio, se reúnen Enrique Ferri y toda la facción de perturbadores que figuran en la demagogia italiana. El *Giornale d'*

Italia no cesa de secundar la campaña emprendida contra la Iglesia por los modernistas Sabatier, Murri y Fogazzaro, y hace un llamamiento á los católicos italianos para que vayan á engrosar las filas del pseudo-conservador que tiene por jefe á Sonnino.

Giolitti, el actual jefe del Gobierno italiano, ha logrado contener hasta ahora á los perturbadores; difícil le será lograrlo en adelante: tiene que luchar con el despecho de los conservadores liberales de Sonnino, con la audacia de los modernistas y socialistas, y esos son muchos enemigos.

NOTAS SUELTAS

* A la exposición elevada á Pio X por las católicas mujeres de esta ciudad como consecuencia de su protesta contra la campaña antirreligiosa de los gobiernos españoles, ha contestado S. S. con el siguiente despacho:

«Roma 28, 20:50.—Vicario Capitular Gerona.—Su Santidad bendice damas de Gerona y les agradece homenaje reiterado al afirmar su fé religiosa.—Cardenal Merry del Val».

* Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el cambio de administración de nuestra revista, suplicándoles nos manifiesten cualquier defecto que observaren en la regularidad de su recibo, puesto que dispuestos estamos, en cuanto de nosotros dependa, á poner inmediato correctivo.

Nota meteorológica:

Los días transcurridos de esta semana han sido de tiempo muy variable, brillando un sol magnífico, soplando fuerte y helada tramontana y apareciendo amenazadores nublados que se deshacían en ligera granizada. La temperatura máxima alcanzó 15°, y la mínima bajó á 1°5 bajo cero. La presión atmosférica ha sido débil, llegando á un minimum de 759 mm. (0^a y al nivel del mar).

* Semana astronómica.

Día 7. Marte en conjunción con la Luna, á 1h, á 3°51m N. En este día el hermoso planeta, ahora matinal, tendrá su mayor alejamiento del Sol.—Urano en conjunción con la Luna, á 21h, á 2°15m S.

Declinación del sol.—Variará durante la semana desde 17°4m á 14°57m declinación austral, al mediodía.